

tor de la Sorbona, Filesac, y el abogado general, Servin, hallaron en los capítulos 30 y 31, abundante materia para una acusacion. Santarelli establecia los principios ultramontanos, los desarrollaba en Roma, y sin curarse demasiado del eco que iban á producir sus doctrinas, al discutir sobre unas materias que debian aun hacer mas arduas las mismas desconfianzas de la política, sostenia en su obra la potestad pontifical en toda su pureza primitiva, atribuyendo al Papa el derecho de castigar á los príncipes, y aun extendiendo esta misma autoridad hasta dispensar á los súbditos, habiendo un motivo justo, del juramento de fidelidad.

La autoridad de la Santa Sede en lo temporal habia sido frecuentemente una ventura y un beneficio para los pueblos; pero habiendo prevalecido en la Iglesia galicana una nueva jurisprudencia, este tratado que mereciera la aprobacion de la curia romana y del General de la Compañía, debia suscitar en Francia, como en las otras cortes extranjeras, vigorosos contradictores. Esforzábanse los reyes por emanciparse de la tutela de la Silla apostólica, y no sabian que se lanzaban en manos de otra, que no tendria ni la justicia, ni el sentimiento paternal de la primera. Los príncipes creian bastante fuerte la soberanía para marchar por fin sin andadores ni obstáculos, y expiaron cruelmente este su error. Ignoraban entonces qué manumitiéndose del yugo pontificio, vendrian á caer bajo la férula de las masas. El Jesuita no habia tratado de guardar esas consideraciones que Roma sabe emplear con tanto arte: expresábase sin reticencias, y como si su obra no debiese jamás atravesar los Alpes; resultando de aquí, que, ora fuese errónea ó verdadera, suministró esta doctrina un pretexto á los adversarios de la Compañía, principalmente á Servin, que la tomó por su cuenta, y á fin de dar mas realce á su manifestacion galicana, la difirió hasta el 6 de mayo de 1626, dia en que el Monarca debia ocupar su solio en el Parlamento. Llegado este dia, tomó Servin la palabra, pero en el momento en que iba á lanzarse con toda su vehemencia contra los principios del ultramontanismo, y á blandir la espada parlamentaria contra la Compañía de Jesús, responsable á sus ojos de la obra de Santarelli, cayó á los piés de Molé asaltado de un accidente de apoplejía que no le dió tiempo mas que para invocar en una suprema plegaria al que juzga á los jueces de la tierra.

Esta muerte tan rápida no paralizó, sin embargo, el proceso entablado por Servin, antes bien reemplazado en el mismo instante por el magistrado Omer Jalon, usó este de la palabra con tal calor, y adujo tales datos, que los Jesuitas echaron de menos á su antecesor. Si Servin los habia perseguido con tanta acrimonia que mas bien parecia una lucha de amor propio que un asunto de equidad, consistia en que este magistrado se habia declarado enemigo suyo en todo tiempo; pero Jalon tenia para con ellos una deuda de gratitud, y sin embargo, á pesar de hallarse dotado de un ánimo mas sereno que el que abrigaba su predecesor, secundó con toda la fuerza de su elocuencia los planes de Richelieu, que se habia propuesto ver humillado el poder de los Jesuitas ante su autoridad.

Pasando secretamente el presidente Lamoignon el 13 de marzo á la casa profesa, participó al P. Coton que Santarelli habia sido condenado, y que el Parlamento pensaba pronunciar al dia siguiente una sentencia de destierro, confundiendo así á todos los Jesuitas franceses en una acusacion intentada contra una obra italiana. El Cardenal se habia hecho de la opinion de aquel cuerpo judicial, y era ya sabido que un deseo de Richelieu tenia fuerza de ley. Mateo Molé no temió, sin embargo, incurrir en su cólera, y presentándose delante del Monarca, le recordó en términos enérgicos sus deberes, y los servicios que la Orden de Jesús habia prestado al mundo, al catolicismo y á la Francia, declarando en alta voz que jamás pasaria á sancionar una iniquidad semejante. El Rey, que no tenia otra voluntad ni otras inspiraciones que las que le dictaba el Cardenal ministro, escuchó con frialdad las palabras de Molé; y la obra de Santarelli fue quemada en la plaza de Grève por mano del verdugo, pasando en seguida á discutir la cuestion del destierro. Algunos miembros del Parlamento de los mas exaltados trataron de prohibir en aquel mismo instante á los Jesuitas el púlpito y confesonario, cuando levantándose Deslandes, decano de los consejeros, exclamó: «¿En qué pensamos? ¿Hemos de prohibir al Rey y á la Reina madre que se confiesen con el P. Suffren y que les nombremos otro director?»

Estas palabras bastaron á calmar la efervescencia: decidióse á continuacion que el Parlamento escucharia en su tribunal al Padre Provincial y á los superiores de los Jesuitas; y habiendo comparecido los PP. Coton, Filleau, Brossald y Armand ante el

primer presidente Verdun, les ordenó firmar después de un prolongado interrogatorio los cuatro artículos cuyo tenor habian rechazado los Estados generales en 1614. Cotton iba ya á morir; pero supliendo á su debilidad el peligro que amenazaba á su Orden, después de contestar á todas las preguntas, añadió en nombre de aquella, que firmaria todo cuanto firmase la Sorbona y la asamblea del clero. La proposicion de los Jesuitas nada tenia de nuevo, mas no por eso pareció menos embarazosa para el Parlamento.

Sin embargo, el mismo Richelieu que habia provocado la tormenta, el mismo la calmó: acababa de probar á los Jesuitas que sabia ser un enemigo implacable; y contento con esta victoria, no tardó en ofrecerles una compensacion. El P. Cotton, que se hallaba herido de muerte, restándole únicamente cinco dias de vida, dió cuenta, en 14 de marzo de 1626, al General de la Compañía de su comparecencia en el tribunal. El Rey le habia acogido con frialdad el 13, y el 16 el Cardenal renunció á llevar las cosas mas adelante, dándose por bastante satisfecho con que los Jesuitas hubiesen aceptado la censura que la Sorbona y el clero acababan de adjudicar á la obra de Santarelli. El 18 de marzo entró un ujier en el aposento del P. Cotton, que se hallaba en la agonía, á comunicarle la sentencia del Parlamento. El Jesuita escuchó su lectura hasta el fin, y cuando estuvo terminada, murmuró estas palabras: «¡Con qué al fin es preciso que muera como un criminal de lesa majestad y como perturbador del reposo público, después de haber servido durante el período de treinta años á dos soberanos de Francia con la mas acrisolada fidelidad!» Cotton espiró al dia siguiente... Esta muerte cambió en el momento el curso de las ideas, verificándose una completa reaccion. Queriendo honrar á este Jesuita, cuyos últimos momentos habian sido turbados por una lucha jurídica, el arzobispo de Paris pronunció la absolucion pontifical sobre sus mortales restos, y el mismo Richelieu fué á orar sobre aquel lecho mortuario que habia preparado con su encono.

La facultad de Paris se ocupó en 1.º de abril en redactar las decisiones sorbónicas que los Jesuitas se habian comprometido á adoptar, mas no sin que en el seno mismo de aquella corporacion se originasen dificultades de mas de una especie. Los doctores Du Val, Poulet, Mauclert, Reverdi é Isambert se oponian con pleno

teson á cuanto, ya en las palabras, como en la idea, tuviese una apariencia de hostil á los verdaderos derechos de la Santa Sede, así como al respeto que se la debia. La discusion amenazaba eternizarse, y vino á parar en un compromiso; por lo que el 29 de marzo de 1627 el Rey decretó en su Consejo, que á fin de terminar estas controversias dejase á su cargo el nombramiento de los cardenales y obispos que deberian juzgar «en qué términos habria de ser concebida la censura de la *detestable y perniciosa* doctrina contenida en la obra de Santarelli, para que en su vista S. M. mandase lo que fuese mas conforme á justicia.»

Antes de la publicacion de este decreto, tomando el P. Suffren la iniciativa y dirigiéndose al General de la Orden, escribió á este mismo jefe con fecha del 6 de mayo de 1616 lo siguiente: «Yo me esforzaré en demostrar, como he procurado hacerlo hasta el dia, que al aprobar V. R. la obra de Santarelli ha obrado como podia y debia en semejante materia, y que no se debe acusar y condenar á nuestros Padres de Francia, porque un Padre italiano haya dado á luz un libro compuesto sin dañada intencion, aunque quizás escrito con ligereza, y sin bastante consideracion y prudencia. No hay duda que si se consulta la razon, nada puede decirse con mas justicia; pero en esta infortunada época no es tanto la razon como las pasiones las que dirigen á los hombres. Tenemos muchos enemigos declarados, al paso que son pocos los amigos que tengan el suficiente valor para abrazar nuestra defensa; y mientras que nadie repara en los numerosos servicios públicos ó privados que hemos prestado y estamos prestando al reino, todo el mundo se conjura en alta voz contra la menor falta que se descubra en uno de los nuestros.»

Una vez satisfecho Richelieu, trató de hacer olvidar á los Jesuitas los sinsabores que les habia ocasionado, y sirviéndose de ellos como de los mas diestros auxiliares para desarrollar sus planes de engrandecimiento nacional, así como para reconducir á la unidad á los franceses que se habian separado de ella, los empleó en las misiones. Los Jesuitas no podian, sin embargo, bastar á todo. Viendo madama de Gondi, protectora de Vicente de Paul, que en la primera mision que habia hecho este último habia tenido por colaboradores al rector del colegio de Amiens y al P. Fourché, y presagiando, por este feliz ensayo de la amalgama de un santo con un gran Instituto, las maravillas que la fe

podría realizar, aun concibió la idea de dotar á sus posesiones con una mision quinquenal, hipotecándola una renta de mil seiscientas libras, y encargando á Vicente la comision de buscar una congregacion que aceptase el legado. Dirigióse Vicente de Paul en 1617 al P. Charlet, provincial de los Jesuitas, quien después de consultar al General de la Compañía, rehusó el donativo; y habiendo hecho lo mismo los Padres del Oratorio, este grande hombre, cuyo celo crecia con las dificultades, viendo que los Jesuitas ni los Padres de san Felipe Neri ya no podian secundarle, reúne varios sacerdotes seculares, les inspira su poderosa caridad, y de la doble negativa tuvo origen la congregacion de los Lazaristas, que tan inmensos servicios ha prestado y presta á la religion católica.

Durante estos años que dan principio al ministerio del Cardenal, habian visto los Jesuitas introducirse en sus colegios la turbacion y el desórden, al paso que las amenazas de la universidad y del Parlamento habian alejado de ellos á un gran número de discípulos; sin embargo, si se ha de creer á las listas enviadas á Roma á fines de 1627, el número de los jóvenes á quienes instruian los Padres en solo la provincia de Paris, asciende al de trece mil ciento noventa y cinco¹; contábanse en Francia cinco provincias de la Orden además de la de Paris, á saber: las de Lyon, Tolosa, Guiena, Champaña y Lorena, de las que cada una contaba tantos alumnos como la primera, y cuyo número se acrecentó aun mas cuando Richelieu permitió á Luis XIII que favoreciese á los Jesuitas. El 7 de marzo de 1627, después de sellar el Monarca su reconciliacion con los Padres, fué, acompañado de su ministro, á poner la primera piedra de la iglesia de la casa profesa, calle de San Antonio; pero si aquel cooperaba con sus beneficios y prodigalidades á la construccion del establecimiento, Richelieu no se mostró menos espléndido. Concluida ya la obra, asistió el Monarca en 9 de mayo de 1641, acompañado de toda la corte, á la misa solemne que celebró el Cardenal, rodeado de una pompa regia y de una multitud de prelados y superiores. En aquel tiempo en que nadie se avergonzaba de las prácticas de su religion,

¹ Este total está repartido de esta manera en el catálogo: colegio de Clermont, en Paris, 1827; La Flecha, 1350; Bourges, 713; Ruan, 1968; Rennes, 1484; Caen, 940; Nevers, 381; Amiens, 1430; Moulins, 400; Orleans, 412; Eu, 440; Blois, 239; Quimper, 930; Alençon, 570.

si bien los intereses, las pasiones ó los placeres arrastraban á los hombres por sendas poco cristianas; cuando importaba dar al mundo un ejemplo de fe, y al Ser supremo un testimonio de adoracion, todos los intereses, todas las pasiones y todos los placeres daban lugar á la piedad. El Rey, la Reina, los duques de Orleans, de Enghien, Conti, Nemours, Chevreuse, Montbazon, Ventadour, Uzes, y Luynes, los mariscales de Brezé, Saint-Luc y La Meilleraye, el canceller Séguier y el superintendente de Hacienda Bouthillier, así como tambien los cuatro secretarios de Estado, se acercaron á la sagrada mesa y recibieron la comunión. Pocos meses después, otra ceremonia profana reunió á los Jesuitas y al ministro omnipotente, y á los grandes del reino. Acababa el año escolar de 1641, y como donde se hallaba Richelieu era preciso ostentar toda la poesía del teatro y el heroismo de la escena, los Jesuitas, que habian inventado este nuevo resorte de emulacion, mandaron á sus discípulos representar una comedia. Entre los jóvenes actores se contaba Armando de Borbon, príncipe de Conti, y el príncipe de Saboya-Nemours, quienes se mezclaban en las diversiones de sus condiscípulos, después de haber compartido con ellos sus estudios. De esta manera, por medio de una educacion nacional, confundian los Padres á todas las clases de la sociedad, y enseñaban á los hijos de los príncipes á confundirse con los hijos del pueblo.

La corte favorecia á los discípulos de Ignacio, y la ciudad, que no queria quedarse atrás, se preparaba á reedificarles su colegio de Clermont, mientras que el preboste de los comerciantes, en union de los regidores de la capital, que se habian declarado sus protectores, les adjudicaron diez mil libras para proveer á los gastos de la casa. Hicieron mas todavía; colocaron con gran pompa la primera piedra del establecimiento. Este favor despertó los celos de los universitarios, quienes reuniéndose el 9 de agosto de 1628, pasaron al ayuntamiento quejándose de la prodigalidad que habian ejercido los magistrados, añadiendo¹: « Los Jesuitas abusarán de este beneficio para hacer creer á la posteridad que «su colegio, á cuya fundacion se ha opuesto esta ciudad desde «el año de 1564, está ahora autorizado por unanimidad de la «misma, y aun construido y fundado á sus expensas. » Bailleul,

¹ D'Argentré, *Collect. jud.*, pág. 277.

preboste de los mercaderes, no se dejó intimidar por estas lamentaciones amenazadoras, y contestó que los ciudadanos de Paris habian tomado por modelo á su mismo Rey, y que no podian elegir otro mejor: la universidad se retiró avergonzada del papel que hacian representar á su apasionada rivalidad, y trató de llevar la querrela á otro terreno.

En el momento en que el Cardenal habia creído, conforme á sus intereses, deber revolver la antigua palanca de los celos doctorales, no contento con armar á la Sorbona, habia incitado á las demás facultades del reino, que no tardaron en contestar á su llamamiento. El colegio de Tournon, creado por el cardenal de este nombre, habia sido transformado en universidad, á instancia de sus herederos: la Santa Sede y el Monarca francés habian sancionado tambien este proyecto en 1622, y el parlamento de Tolosa habia confirmado los privilegios que se le otorgaron; pero habiendo infirmado su sentencia el parlamento de Languedoc, y habiendo abocado la causa el Consejo privado del Rey, las universidades de Burdeos, Reims, Poitiers, Caen, Orleans, Bourges, Angers y Aix, hicieron causa común con las de Valencia, Cahors y Tolosa, y lanzaron, como su hermana la de Paris, el grito de alarma, presintiendo que si los Jesuitas disfrutaban, aun cuando no fuese mas que en un rincon del Vivarés, el derecho de conceder los grados literarios, acudirian todos los jóvenes á recibirse á Tournon. La guerra era mas encarnizada: comprendiendo los hijos de Loyola que seria prudente aplazar una idea que suscitaba tales adversarios, desistieron en una memoria dirigida á la Sorbona. Dicha memoria, escrita por el P. Garasse, termina de esta suerte: «Si solo se tratase de sufrir en particular, «besaríamos las huellas del rector, y haríamos como san Ignacio, el gran mártir de Antioquia; acariciaríamos á los osos y «leones que nos persiguen. Pero tratándose de una corporacion «infamada y vilipendiada; tratándose de un asunto, que en vez «de hacer de nosotros unos mártires como á san Ignacio, nos «entregaria á la execracion pública y universal, permitidnos al «menos que nos queden cuatro cosas que nadie tiene derecho á «arrebatarlos sin injusticia, á saber: la pluma para defendernos, «la voz para quejarnos justamente, los pulmones para suspirar «con desahogo en nuestras cuitas, y nuestros votos para presentár- «selos devotamente á Dios en favor de nuestros perseguidores.»

Los Jesuitas desistian de unas pretensiones apoyadas en bulas y decretos del Pontífice y del Monarca, y se retiraban de la liza cuando no habia hecho mas que abrirse. No contenta la universidad de Paris con haber obtenido un triunfo sin combate, reasumió en sus escritos todas las imputaciones que los protestantes de Alemania, Inglaterra y Holanda habian lanzado contra los Padres, y no pudiendo parapetarse en los decretos del Parlamento, favorables siempre, recurrió al insulto calvinista. Mas como esto era ir mas allá de los deseos de Richelieu, á una señal del Cardenal-rey desapareció la universidad, acechando una ocasion de hacer revivir su odio. Entre los Jesuitas franceses, residentes á la sazón en Paris, habia uno llamado Teófilo Raynaud, natural de Solpello, en el condado de Niza, que, dotado de una memoria prodigiosa y de una imaginacion volcánica, se habia mezclado muchas veces, y aun contra la voluntad de su Orden, en las contiendas teológicas ó literarias de su época. Era amigo del Jesuita Monod, preso á la sazón por el Cardenal en el castillo de Montmelian¹. Richelieu era el blanco de los sarcasmos y maldiciones de los escritores españoles y alemanes que continuaban vituperando sus alianzas con los Protestantes. Pone los ojos en el P. Teófilo, y le elige por estribo, digámoslo así, de sus venganzas. El estilo lleno de originalidad del Jesuita, su genio mordaz y su erudicion le parecieron otras tantas prendas del buen éxito. Teófilo se resistió á encargarse de semejante causa. Persiguióle sin mas el Cardenal en Saboya y en el condado Venesino; y el Jesuita, que no queria escribir en favor suyo, lo hizo en contrario. Pasados algunos años después de arrostrar la persecucion, y dar á Richelieu una prueba de su independencia, ofreció al mundo católico otra mas sublime de abnegacion. Habiendo vacado el obispado de Ginebra por muerte de Juan Francisco de Sales, hermano y sucesor del Santo de este nombre, la corte de Saboya, como tambien el senado y pueblo de Chambéry, llamaron á esta silla á su sabio compatriota, á quien la cólera del Cardenal habia engrandecido;

¹ El P. Monod, de la Compañía de Jesús, habia nacido en Saboya por los años 1586. Siendo confesor de Cristina de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Víctor Amadeo I, fue enviado por este principe á la corte de Francia para continuar las negociaciones relativas al título de rey de Chipre; negociaciones á que se opuso Richelieu, castigando al Jesuita después de la muerte de Víctor por el celo que habia desplegado. Estuvo unido Monod por los vínculos de la amistad al P. Caussin y á la señorita de Lafayette.

mas el Jesuita rehusó desde luego los honores del episcopado ¹.

Prescindiendo del encono que conservaba Richelieu contra los PP. Monod y Raynaud, habia hecho las paces con la Compañía de Jesús para declarar la guerra á su bienhechora. María de Médicis le habia dejado hacerse grande en su palacio, protegiéndole contra el Soberano; y en cambio Richelieu, árbitro de la Francia, trataba de sacrificarla á su ambición. María de Médicis era intrigante, y abrigaba los caprichos y costumbres de una italiana; pero se hallaba dotada de los recursos de astucia que Maquiavelo habia comunicado á su familia. Esta política de moratoria y sagacidad no se atemperaba con el carácter lleno de decision del Cardenal, que solo abordaba las cuestiones para zanjarlas. La Reina madre le servia de obstáculo, y quiso cortarle. Esta desgraciada Princesa perdió en un solo dia todos sus amigos y cortesanos; encaminábase hácia un destierro perpetuo, é iba á morir en un suelo extranjero, sin lujo, sin consuelos, pobre y abandonada. Solo un Jesuita osó arrostrar la cólera del Ministro que imponia á un Monarca, y á un hijo, tan áspera condicion. El Padre Suffren se veia precisado á elegir entre las dos conciencias reales que dirigia; María de Médicis se hallaba sin apoyo, y como la caridad es su deber primero, su solo deber, renunció á la amistad de Luis XIII, y como única gracia solicita del Soberano el honor de seguir á su infortunada madre. « Esperaba, dice el abate Gregorio ², que sus consejos calmarian la amargura de aquella mujer, é inocularian en su alma sentimientos mas moderados. El Rey, que apreciaba á Suffren, consintió en separarse de él. Este apreciable religioso murió en Flesinga, con

¹ Este Teófilo es el autor de los *Heteroclitia spiritualia*, y de muchas otras obras, tan singulares por el titulo como por la eleccion del objeto; pero poseia virtudes mayores que sus talentos. Hé aquí cómo se expresa Baltasar de Monconys en su *Diario de viajes*, parte II, hablando del concienzudo desinterés del Jesuita. Después de referir la renuncia del obispado de Ginebra, de que le habló el prior de Jugeact, en Lyon, como testigo presencial, añade: « El mencionado prior era testigo de un acto de la mas heróica virtud; pues habiendo « recibido órden del cardenal de Sourdis y varios otros sugetos que ofreciese al « P. Teófilo, en tiempo de sus adversidades, algunos beneficios y 2000 libras « de renta afianzadas en Lyon, si queria únicamente emplear su pluma para es- « cribir en favor de ciertas doctrinas, contestó el Jesuita al mismo Mr. Jugeact, « besando su sotana: *Prefiero morir perseguido bajo este hábito, que vivir en la « opulencia, faltando á Dios en la fidelidad que le he prometido.* »

² *Historia de los confesores de los emperadores y reyes*, etc. pág. 339.

« gran sentimiento de la Reina, cuya conciencia habia dirigido por « espacio de treinta años. »

Mientras que María de Médicis, víctima del ascendiente del Cardenal ministro, marchaba en 1631 al destierro acompañada del P. Suffren; otro Jesuita, á quien Luis XIII habia honrado con su amistad, y que expiaba léjos de la corte la sabiduría de sus consejos, se veia llamado, con algunos meses de intervalo, por el duque de Montmorency para asistir en su agonía al descendiente de los primeros barones cristianos. Enrique de Montmorency, engañado por Gaston de Orleans, y fiado en su valor, habia levantado el estandarte de la rebelion contra Richelieu; pero hecho prisionero en el combate de Castelnaudary, fue condenado á muerte. Comprendiendo, aunque jóven, que no debia esperar conmiseracion de parte del Cardenal, como ni tampoco socorro de su miserable aliado, se resignó á su suerte; pero dispuesto á terminar sus dias como cristiano, y sabiendo que se hallaba en Tolosa el P. Arnoux, le llamó cerca de sí, para que preparase su entrada en la eternidad. En los dias de su ventura, el ilustre adversario de Richelieu no habia simpatizado con los Padres, y aun se habia opuesto á sus progresos; mas en su última hora, recordando únicamente sus virtudes y elocuencia, pidió como última gracia que le permitiesen confesarse con aquel Padre. El mariscal de Brezé fué de parte del Rey á abrirle las puertas de su calabozo, y el 30 de octubre de 1632, él y otros tres Jesuitas acompañaron la víctima hasta el patíbulo. Luego que hubo colocado la cabeza en el tajo: *Herid sin miedo*, dijo al verdugo el heredero de los condestables, y cayó su cabeza á los piés del Jesuita. Apenas hubo cumplido este triste deber, Arnoux fue llamado á la corte, donde al hallarse en presencia del Monarca; exclamó: « Señor, V. M. ha hecho un gran escarmiento con la « muerte del señor de Montmorency; pero Dios, por su infinita « misericordia, ha dado al cielo un gran santo. »

Diez años después espiraban en Lyon otros dos cómplices de Gaston de Orleans por haberse mezclado en una nueva conspiracion tramada por este Príncipe. Cinq-Mars y Francisco Augusto de Thou acababan de ser juzgados y condenados. Richelieu, en su agonía, ahogaba en la sangre de sus enemigos todo germen de agitacion intestina. Cinq-Mars, el favorito del Monarca, y de Thou, amigo del caballero mayor, aceptaron su sentencia con